

de los templos; no puede elevarse aquí en el seno de las discusiones racionalistas, analíticas, que diseñan el milagro, que matan la fe, sino en los campos de batalla, como los reyes germanos, después de la lucha, sobre el escudo, entre selvas de lanzas; aullidos de ejércitos ebrios de orgullo y hartos de despojos, con la señal de la elección divina en la frente, y vibrando en las manos los rayos de la victoria.

Yo sé muy bien lo que va á decirme el Sr. Presidente del Consejo. Va á decirme el Sr. Presidente del Consejo de Ministros que, por procurar estabilidad, ha traído el rey, el cual aun no está aquí, porque todo lo que ha pasado entre el Sr. Presidente del Consejo y el rey, según mis noticias, pertenece á la literatura telegráfica, de que hablaba en cierta sesión el Sr. Vallín, y de que es humilde discípulo el Sr. Presidente del Consejo: no hay más que telegramas.

Traéis un rey por amor á la estabilidad. ¿En qué consiste la estabilidad hoy, Sres. Diputados? La estabilidad hoy consiste en conservar los principios democráticos que constituyen el título 1 de la Constitución. Si esos principios son suprimidos, la joven generación se sacrificará por recabarlos, como nosotros nos hemos sacrificado por establecerlos. ¿Y creéis que un rey puede subsistir con esos principios? No; habrá de devorarlos. El Sr. Presidente del Consejo sabe que no puede contar con la joven

generación para dar estabilidad á su monarca; y que si para traerlo cuenta con vuestros votos, no cuenta con vuestros corazones. Por eso ha ocultado su candidatura á la opinión, temiendo un estallido de la conciencia nacional. Y ha comenzado por pedir la venia de la diplomacia monárquica, y ha seguido por notificarlo al ejército. Nosotros, los Diputados, ya sabéis que hemos sido los últimos. ¿Por qué? Porque esta monarquía es en su esencia una monarquía militar, y en su origen una monarquía diplomática. El sufragio universal, la democracia, los derechos individuales, no entran para nada en la nueva monarquía; lo que entra es mucho ejército, y toda la diplomacia monárquica de Europa, implacable enemiga de los pueblos.

¿Y creéis una monarquía así estable? ¿La creéis? Yo pregunto: ¿cuál de las obras monárquicas de la diplomacia europea hoy subsiste? ¿Tendrán nunca los reyes de Europa aquella unanimidad de sentimientos y de ideas que tuvieron en 1815 y en 1823, cuando todos invocaban la Santísima Trinidad? Ellos organizaron monárquicamente Europa. ¿Qué monarquía subsiste de las que ellos, los tres grandes reyes del Norte, organizaron con la complicidad de Inglaterra? Ellos dieron Francia á los Borbones, y los Borbones la han perdido; Bélgica al Rey de Holanda, y el Rey de Holanda la ha visto desprenderse de su corona; Parma y las Dos Sicilias á los descendientes de Carlos III, y ninguno está sentado en su



trono; Toscana y Módena á los Archiduques de Austria, y los Archiduques de Austria son hoy sombras del destierro; los Estados Pontificios al Papa, y no le han valido al Papa ni sus bayonetas extranjeras, ni sus continuas excomuniones; Hesse y Hannover á otras poderosas dinastías, y las coronas se han caído de sus frentes, ora entre el oleaje de las revoluciones, ora al advenimiento en los comicios de la democracia, ora ante la victoria de un nuevo principio, del principio de la unidad de las razas. ¿Creéis, pues, que va á ser más duradera la obra de vuestra diplomacia?

Yo voy á presentar al general Prim un ejemplo, que debe recordar, de cómo subsisten las monarquías diplomáticas. La diplomacia monárquica veía con horror allá en América una tierra sin reyes, como ve con horror aquí en Europa otra tierra sin reyes. Aquella tierra se llama la Nueva España, y esta tierra se llama la España vieja. En aquel hecho tuvo el general Prim un gran papel, como tiene otro gran papel en los hechos de hoy, el papel de protagonista.

Un príncipe ilustre de la antigua Casa de Hapsburgo fué á sentarse en aquel trono, elevado por la diplomacia europea á espaldas de la gran República americana, comprometida en espantosa guerra, como hoy está comprometida en espantosa guerra la República francesa. Una mujer de gran corazón y grande inteligencia acompañaba á ese príncipe. ¡Qué tra-

gedia! Esquilo y Shakespeare no la han escrito mayor. Á los pocos años aquel Emperador, atravesado el corazón por las balas republicanas, era un cadáver; y aquella Emperatriz, atravesado el corazón por acerbos dolores, era menos que un cadáver: era una loca. Vosotros podéis enseñar al monarca un gran pueblo que regir, una gran corona que llevar, el palacio de Madrid por vivienda, el trono de San Fernando por pedestal, recuerdos gloriosos para halagar su orgullo, estancias mágicas en el corazón de Guadarrama ó á las orillas del majestuoso río inmortalizado por Garcilaso, para tender su cuerpo, las hazañas españolas por motes de su escudo, y El Escorial por tumba de sus huesos; pero á través de todas esas grandezas, junto á la imagen del general Prim, verá flotar esas dos figuras de los Emperadores de Méjico, semejantes á dos figuras de los infiernos del Dante, vertiendo ríos de lágrimas, ríos de sangre, y enseñando con su triste ejemplo cómo, dados los mismos antecedentes, se repiten las mismas catástrofes en las páginas de la historia.

Señores, todos los candidatos que se han presentado aquí, y de los cuales ha hablado especialmente el Sr. Presidente del Consejo, todos tienen alguna razón de ser. No hay aquí nadie que haya combatido en la prensa con tanto encarnizamiento como yo la dinastía de los Borbones en todos sus reyes. Yo declaro, Sres. Diputados, que no puedo mirar, sin estremecerme, la posibilidad de la restauración,



por ejemplo, en la persona del príncipe D. Carlos. Yo creo que aunque los ilustrados defensores que ese príncipe tiene en esta Cámara, cuya rectitud, cuyo patriotismo reconozco, quisieran impedirlo, D. Carlos traería largo cortejo de males. Significa la restauración más absurda que imaginarse puede; como si quisiéramos reconstruir los castillos feudales para nuestros nobles, y la servidumbre del terruño para nuestro pueblo. Don Carlos sería la entrega del Estado á la Iglesia, de la enseñanza al jesuitismo, de la prensa á la censura, del Parlamento al rey, de la familia al monje, del ejército al voluntario realista, de la propiedad á la amortización y á las vinculaciones, del comercio á la tasa, del trabajo al gremio; la proscripción de todas las ideas, que son como la vida, y de todas las instituciones, que son como el organismo de nuestro siglo; la renuncia ominosa á una historia de setenta años de luchas y de sacrificios, el degüello de esta sociedad en las aras sangrientas de una venganza que renovarían aquellos horrores de las restauraciones de Fernando VII, horrores que sólo tienen igual en los anales de Tácito y en los delirios de Nerón, de Calígula y de Tiberio.

Mas á pesar de estos inconvenientes, D. Carlos significa algo y representa algo. Significa la tradición, y representa las ideas del clero, las tradiciones y los intereses de la Iglesia española. ¿No es esto verdad? Decidme, ¿qué representa vuestro candidato?

Detrás de D. Carlos viene naturalmente el príncipe D. Alfonso. Yo, señores, sentiría infinito la restauración de D. Alfonso. Don Carlos me aterra por sus partidarios; D. Alfonso por él mismo. Nació en Palacio, al eco del cañón, á la sombra de la bandera española, destinada á ser el manto de sus hombros. Los cortesanos que le circuían, los clérigos que le amaestaban, su madre, que le estrechaba contra su seno, mostrábanle en lo porvenir una corona. Ha despertado en la pubertad; esa corona ha desaparecido de su frente, y no lleva sino una corona de espinas sobre su corazón. Para él nuestras instituciones son tormentos, nuestras leyes sofismas, nuestras Cortes clubs, los partidos liberales partidas de saltadores. Si viniera, se reproducirían las venganzas de la restauración inglesa, que después de haber chupado la sangre de los revolucionarios, desenterró los cadáveres para saciar en ellos las cóleras condensadas en el destierro y en el destronamiento. Sin embargo, D. Alfonso representa ideas, intereses, partidos que tienen una gran significación, que tienen tradiciones históricas. ¿Qué representa vuestro candidato?

Hay la candidatura del Duque de Montpensier; ninguna tan aborrecible á los republicanos, por motivos históricos y por motivos de ideas, ninguna. Entre sus intereses y nuestros intereses; entre su representación y nuestra representación en el mundo, median abismos insalvables. Yo detesto su política.



He respetado siempre la familia de Orleans en sus virtudes privadas, pero he rechazado siempre su ideal y su conducta pública; aquel rebajamiento de la monarquía y de la democracia; el eclecticismo por toda ciencia; el maltusianismo por toda economía; el censo por todo criterio de derecho; los intereses del *boutiquier* por todo fin social; la bolsa convertida en templo; el mostrador en altar; los comicios en mercado, y los caracteres rebajados por una corrupción sin ejemplo, que hacía la apoteosis del egoísmo universal é infiltraba en Francia el sutil veneno con que el imperio último ha henchido todas sus venas y ha gangrenado todo su cuerpo.

Mas diré la verdad, toda la verdad, sin consideraciones de ningún género. La familia de Orleans representa aquí y fuera de aquí, representa en España por una combinación de la Providencia, representa fuera de España por largas tradiciones, los privilegios de las clases medias. Las clases medias rodeaban á Gastón de Orleans en las guerras de la Fronda; las clases medias abrogaron el testamento de Luis XIV y dieron la tutela del rey niño al célebre regente; por las clases medias se cinó el gorro frigio Felipe de Orleans; por las clases medias abandonó Luis Felipe su familia al destierro y tomó la corona en el Hotel de Ville; por las clases medias resistió al sufragio universal, hasta sacrificar á las clases medias su corona. El Duque de Montpensier representa las ideas, los intereses, los privilegios de las clases me-

dias, sus aspiraciones, su resistencia á la invasión democrática. ¿Qué representa vuestro candidato?

Yo espero de los Diputados mantenedores aquí de la candidatura del Duque de Montpensier, que se levantarán y la reivindicarán; yo espero que mi amigo el Sr. Topete, que tanto la ha sostenido cuando era probable que viniese, no la abandonará en el día de la desgracia, como espero que no callará la elocuencia relampagueante del Sr. Ríos Rosas. Yo espero que todo Diputado convencido de que no ha llegado el advenimiento de la democracia, y es necesario tener una libertad, aunque limitada, y tener una representación, aunque restringida; en el primero, en el segundo y en el tercer escrutinio votará el Duque de Montpensier y no entregará sus convicciones al viento de la casualidad, ni sus compromisos al fatalismo del Presidente del Consejo.

Hay otra candidatura que debe tener más representantes, muchos más representantes en esta Cámara: la candidatura de Espartero. ¿Se ha olvidado que el partido progresista no hubiera sido nada, sucumbiendo durante la guerra civil, sin aquel grande General; borrándose de los partidos políticos sin aquel célebre manifiesto que guarda la historia, y que es uno de los viejos pergaminos del partido progresista? Pues qué, ¿se ha olvidado que aquel es el jefe nato y natural del partido progresista? Pues qué, ¿se ha olvidado que el partido progresista no hubiera sido nada si aquel ilustre jefe no le sostiene del 40 al 43?



Pues qué, ¿se ha olvidado que aquel vencedor ilustre le sacó de la esclavitud del 54 al 56?

Me diréis que se le ha ofrecido la corona y que no la ha aceptado. No la ha aceptado, porque ha tenido, y esto me consta, más sentimientos de la alteza de la dignidad real que los príncipes nacidos en palacios y procedentes de familias reales.

El general Espartero ha dicho: «¿Quién es el general Prim para ofrecerme á mí una corona?» Yo se lo pregunto al Sr. Madoz, yo apelo á su lealtad, yo creo en su franqueza: que me diga si el general Espartero no hubiera aceptado esa corona si en vez de ofrecérsela el general Prim se la hubieran ofrecido las Cortes Constituyentes.

Comparad el candidato artificial del partido progresista, el Duque de Aosta, con el candidato natural del partido progresista, con el Duque de la Victoria. Nadie sabe nada del candidato italiano, y todos conocen la historia del candidato español. El pueblo le guarda respetuoso culto, y si no sintiera en su corazón el entusiasmo republicano, Espartero hubiese sido su rey. Comparadle con vuestro candidato. Espartero es un venerable y desinteresado anciano, y vuestro candidato es uno de esos jóvenes aventureros reales, que por saciar su sed de mando abandonan hasta su patria. Espartero grabaría en las piedras de su palacio los nombres de Luchana y de Morella, y vuestro candidato sólo puede grabar los nombres de Lissa y de Custoza. Espartero conoce al

pueblo y es conocido del pueblo, y vuestro candidato desconoce hasta la lengua del pueblo. ¡Y habéis olvidado á Espartero! ¡Tremenda ingratitud sólo comparable á la ingratitud de los Borbones, y que tendrá también un tremendo castigo!

Me diréis que Espartero es imposible. Pues entonces todas las monarquías son imposibles. Monarquía de D. Carlos, imposible, por ser un retroceso; monarquía de D. Alfonso, imposible, por ser una restauración; monarquía de Montpensier, imposible, por ser una semirrestauración; monarquía de Espartero, imposible, por ser demasiado republicana para los monárquicos, y demasiado monárquica para los republicanos; monarquía diplomática de un príncipe extranjero, imposible, porque se opone el sentimiento de nuestra dignidad y nuestra independencia nacional; monarquía de un caudillo militar, imposible, porque se opone nuestro sentimiento de igualdad democrática, y porque han pasado los tiempos de las dictaduras guerreras, á las cuales prefiere nuestra generación los goces tranquilos de la libertad y las conquistas del trabajo; monarquía de cualquier género, de cualquier origen, cualquier tradición, imposible, porque no están ni las ideas á las alturas de fe, ni los sentimientos á la profundidad de obediencia que son necesarias para forjar una fuerte institución monárquica entre los aplausos de los pueblos.

Por un imposible, por un ente de razón, por una



monarquía fantástica, habéis dividido los partidos revolucionarios; habéis expulsado al pueblo de esta situación como de las situaciones borbónicas; habéis puesto el sufragio universal en vergonzosa tutela; habéis hecho unas elecciones á la Constituyente bajo los conjuros de la influencia moral; habéis insultado la democracia y la razón con vuestras circulares; habéis ensangrentado las calles de Cádiz, de Málaga, de Barcelona, de Zaragoza, de Valencia; habéis fiado toda vuestra salvación, como los déspotas antiguos, al ejército, después de haber cometido el perjurio de reclutar ese ejército por el abominable medio de las quintas; habéis violado vuestra misma Constitución con los estados de sitio y los consejos de guerra, para ahogar, sin conseguirlo, la incontrastable aspiración republicana en el ánimo del pueblo; habéis arrastrado el nombre español á los pies de un príncipe indiferente en Lisboa, á los pies de un obscuro colegial en Florencia, á los de un hulano en Berlín, mereciendo de todos desprecio para vuestra corona, y del mundo escarnio para vuestras maniobras; habéis entregado una dictadura diplomática al general Prim para que buscara nuevos reyes, dictadura que hacia de él un Dios, del rey su hechura, y de los ministros humildes cortesanos; habéis, al fin, lanzado la mecha encendida con que jugabais en los montones de pólvora sobre que estaba asentada Europa, y las ruinas caen calcinadas, ensangrentadas, confundidas con las maldiciones del género humano,

sobre vuestra incapacidad y sobre vuestra torpeza.

¡Y si al fin os justificara la superstición por alguna idea, el fanatismo de algún principio! Pero vosotros, mayoría radical, vosotros no tenéis fe en nada, la fe que inspira grandes pensamientos, la fe que sostiene en los combates, la fe que redime de las mayores faltas. En política se necesita, para remover á los pueblos, tomar por punto de apoyo una idea. Pero vosotros, revolucionarios de Septiembre, habéis tomado por punto de apoyo un hombre, el Presidente del Consejo de Ministros. Yo no discutiré su persona, que siempre me ha inspirado profundo respeto; discutiré sólo su representación política. ¿Es uno de esos creyentes que sostienen ó renuevan con su pensamiento las sociedades humanas? No; el general Prim tiene una indiferencia olímpica así por la monarquía como por la república; por todas las ideas. ¿Es acaso uno de los grandes estadistas que, á la manera de Bismarck y de Cavour, intentan las altas empresas y siguen las extraordinarias aventuras? No; el general Prim demuestra en su incertidumbre y su inacción que con los instrumentos puestos en sus manos, con la nación española, á nada grande puede decidirse. Dos ocasiones ha tenido de practicar una gran política, y las dos ha desperdiciado. Toda su conducta estriba en los expedientes dilatorios, en los equilibrios imposibles, en la conciliación de fracciones inconciliables, en la deardar los problemas, en dejar al tiempo que enmarañe y resuelva por sí mismo todas las dificultades, que



levante y aplane todos los obstáculos, que nos traiga, sin nuestro esfuerzo, sin nuestro voto, por combinaciones fortuitas, todo cuanto pueden producir las corrientes desbordadas en los hechos.

¿Sabéis cuál es el Dios del general Prim? El acaso. ¿Sabéis cuál es su religión? El fatalismo. ¿Sabéis cuál es todo su ideal? Lo presente. ¿Sabéis cuál es su objeto para lo porvenir? Vincular el poder en su partido. A esto lo sacrifica todo. Por esto, y sólo por esto, coge en su mano la dictadura y marca con su hierro hasta las venideras generaciones. Todo lo existente se somete á ese interés. Las instituciones importan poco. El general Prim las malea hasta sacar del título 1 de nuestra Constitución los estados de sitio y los consejos de guerra. Las leyes importan menos. Para los capitanes generales que el Presidente del Consejo envía á las provincias, son las leyes como telas de araña que caen al filo de sus espadas. Los partidos nada valen. Él los disuelve. Los compromisos nada significan. Él los olvida, como olvidó el compromiso de las quintas. Las agrupaciones más increíbles le son iguales con tal de salvar los intereses de su partido, deseoso de un poder eterno, de una situación definitiva.

Hablemos, pues, claro, como debe hablarse siempre en este sitio. El futuro rey no es la tradición, no es la democracia, no es lo pasado, no es lo porvenir; el rey propuesto es el símbolo vistoso del egoísmo de un partido, y de un partido viejo. Digo mal. El rey no

es siquiera el rey de un partido; es el rey de una fracción de partido. El rey es el fiel de fechos de la presente Administración, el secretario del Consejo de Ministros, el editor responsable de esa política, la sombra del general Prim proyectándose en las alturas del trono. De modo que la fracción del general Prim se apoderó de lo presente por medio de los sucesos de Septiembre, y ahora, por medio del rey, quiere apoderarse también de lo porvenir.

¿Y qué títulos tiene para esta vinculación eterna del poder el general Prim? Los títulos que tiene son haber, por impericia política, por imprevisión, suscitado sin quererlo, sin saberlo, una de las guerras más terribles que habrán afligido al género humano en la historia, una guerra que nos hace temer si se estará cavando la sepultura para los pueblos y si estarán renaciendo á nuestros ojos los bárbaros tiempos de conquista.

Señores, un Ministro que nos lleva á este abismo visto por todos; un Ministro así, ¿puede continuar á la cabeza del Gobierno? ¿Qué señal queréis que haya en el mundo más clara para revelar lo que aquí iba á suceder al mezclarnos en los asuntos de Francia y Prusia? Lo decía todo de consuno la historia, la geografía, las ideas, las tradiciones antiguas, el rumor oceánico de los hechos.

¿Quién ignoraba en el mundo que ha habido un histórico antagonismo entre dos razas igualmente ilustres, entre la raza latina y la raza germánica? La



una ha presentado los principios sociales; la otra los principios individuales de la historia: la raza latina ha traído el imperio romano, el catolicismo, la antigua monarquía española, la revolución francesa, todos los principios unitarios; la raza germánica ha traído las irrupciones bárbaras, el feudalismo, la reforma, la monarquía de Inglaterra, los Estados Unidos, todos los principios y todos los movimientos de la libertad: es la una la raza que ha formado la sociedad, y es la otra la raza que, dentro ya de la sociedad, ha formado el hombre. Ese antagonismo de las dos razas existe hoy, señores, y subsistirá mientras el sentido común crea que la idea de sociedad y la idea de libertad son dos ideas opuestas; que la humanidad y el hombre son dos términos antagónicos; que no podemos tener los derechos individuales sin sacrificarles esos principios, esos elementos de universalidad social que son como la atmósfera en el planeta ó como la conciencia en el espíritu.

Y á pesar de ese antagonismo histórico, la raza germánica y la raza latina se necesitan como la vida animal necesita del oxígeno que exhalan las plantas, y la vida vegetal del ácido carbónico que exhalan los animales. Las dos ideas fundamentales de estas razas se equilibran y se completan. Así, cuando la raza germánica, exagerando sus principios, olvida por completo la unidad, la raza latina restablece esa unidad en el mundo germánico. Nosotros disciplinamos con nuestra Iglesia sus tribus. Nosotros levantamos

la uniformidad de nuestros imperios sobre el caos de su feudalismo. Nosotros, en nuestro mismo tiempo, hemos enseñado con la inteligencia de Cavour á los alemanes el camino de la unidad. Y á su vez, cuando los pueblos latinos se duermen y se corrompen torpemente en el cesarismo, los pueblos germánicos vienen á restablecer su propio principio, el principio de individualidad, el principio de libertad en el mundo latino, destruyendo el cesarismo. La raza germánica destruyó el antiguo cesarismo romano con Alarico; el cesarismo pontificio con Lutero; el cesarismo de Carlos V con Mauricio de Sajonia en Inspruk; el cesarismo de Napoleón el Grande con Blücher y Wellington en Waterlóo; y ahora ha destruido el cesarismo de Napoleón el Chico con Molke y con Bismarck en Sedán.

El genio latino y el genio germánico no son, no pueden ser enemigos; no lo serán cuando los antagonismos de raza desaparezcan en la idea del derecho, cuando los antagonismos de pueblos desaparezcan en la idea de humanidad; cuando los antagonismos de civilizaciones, esos antagonismos, enfermizo engendro del privilegio y la injusticia, desaparezcan en la Confederación republicana universal.

Pero hoy existen, hoy, en este mundo mandado por reyes y sostenido por ejércitos. Y no debía el Presidente del Consejo haberse enredado en ese dedalo de cuestiones confusas en las cuales podía comprometer la integridad de la patria, la paz del mundo.



Si á sus oídos no habían llegado estos antagonismos de razas, estas contradicciones de ideas, debieron haber llegado los antagonismos de ejércitos, las guerras y las batallas. Desde los tiempos de César hay un combate eterno por el Rhin entre el mundo germánico y el mundo latino. Nosotros hemos aspirado siempre á vengar nuestro Varo, y ellos han aspirado siempre á seguir á su Arminio. Desde que ha empezado la historia moderna, el Rhin ha empezado también á tener más precio para los germanos y para los latinos. Á los ojos de éstos, allí cerca se fundaba la gran nacionalidad que había de ser la sucesora de Roma, Francia. Á los ojos de los germanos, el Rhin es un río protestante. Efectivamente, allí, en la cuna del Rhin, en Constanza y en Basilea se congregaron los dos Concilios que fueron como los precursores del protestantismo; allí estudió Reuchlin el hebreo y Hutten trazó las sátiras que debían sepultar la teocracia de la Edad Media entre las carcajadas del género humano, ebrio con el vino nuevo de las ideas; en el Rhin nació la madre de Lutero; en el Rhin, Mellanchthon, el San Juan Evangelista de la Reforma; Estraburgo ó Maguncia dieron la imprenta, la espada de la conciencia en su combate; Espira reunió la Dieta en que se promulgó la victoria de la fe rejuvenecida; y allá, cuando se pierde el Rhin, como un sueño germánico, en los pantanos de Holanda, cual si sus aguas llevaran disuelto el espíritu protestante, engendra á Guillermo de Orange, desti-

nado á arrancar el protestantismo á la reacción de Felipe II, y á sentar con su familia, contra todo el poder de Luis XIV, el protestantismo sobre el soberbio trono de Inglaterra.

Estos problemas han dado un enjambre de guerras. Todas estas guerras han ensordecido la historia con el rumor de sus batallas. Napoleón III, que se creía allá en genealogía imperial heredero de César, de Augusto, de Carlomagno, de Napoleón, debía codiciar el Rhin. Y el heredero del gran Elector de Federico el Grande, de Steim, debía defenderlo. ¿Por qué se interpuso el general Prim entre esos dos colosos? ¿Por qué armó el general Prim esos dos hercúleos brazos, é hizo salir las espadas de las vainas? Nos estamos ahogando en diluvios de sangre. Y toda, toda la sangre que cae ha venido encerrada en la candidatura del príncipe alemán. ¿Tenemos ó no tenemos derecho á quejarnos de esta imprevisión, de esta ceguera? Quien no veía ese escollo tan claro, no puede mandarnos, porque nos estrellará mañana en otros escollos menos visibles. Lo cierto es, Sres. Diputados, lo cierto es que esta campaña no se comenzó en 1865, porque Francia tenía la mayor parte de su ejército comprometido en Roma y en Méjico. No era para nadie un misterio que esa campaña no se abrió en 1866 porque Francia estaba absorta en su maravillosa Exposición de la industria.

No era para nadie un misterio que esa campaña no se abrió en 1868 porque la revolución española



trajo un nuevo dato á la política, dato que atemorizó á los dos contendientes. En 1870 se encontraban con deseo de guerra, es verdad; pero sin pretexto para la guerra. ¿Por qué, por qué se lo dió el general Prim? ¿Por qué, por qué ha expuesto á Europa á este tremendo, tremendísimo trance? ¿Por qué, por qué desconocía que la Casa de Hohenzollern al Nordeste de Francia, y la Casa de Hohenzollern al Sudoeste de Francia, eran una amenaza para esa nación? El canciller Bismarck estaba preparado; sólo quería un pretexto, y el general Prim le ha dado ese pretexto.

El Presidente del Consejo ha sido juguete, pues, de una alta inteligencia política, inteligencia maquiavélica, florentina, que toma en una mano la monarquía de origen divino, y en otra mano formidable ejército, para realizar la idea transmitida del gran Elector al gran Federico, del gran Federico á Steim, de Steim á nuestros tiempos, el predominio de Prusia en Alemania, el predominio de Alemania en Europa, el predominio de la raza germánica sobre la raza latina, el predominio del protestantismo sobre el catolicismo, la humillación eterna de nuestra sangre, y el eterno eclipse de este alma meridional, que ha embellecido el planeta, que ha animado los mármoles y los bronce, que ha producido Atenas, Roma, Florencia, Venecia, París, Salamanca, Sevilla, el coro de las ciudades inmortales; que, si no ha producido la Reforma, ha producido el Renacimiento,

la paleta de Rafael, el buril de Buonarroti, la idea de Descartes, las adivinaciones de Colón, la pluma de Cervantes, los pensamientos de Giordano, los dramas de Calderón: alma luminosa que no puede extinguirse sin que se extingan los resplandores más vivos del espíritu humano, y sin que acaben los mayores milagros de la historia.

¿Y le tocaba al general Prim en esta crisis, le tocaba ser el instrumento de la humillación de nuestra raza? Yo no quiero que ninguna potencia se ingiera en nuestros asuntos interiores; pero tampoco quiero que nuestros asuntos interiores perturben la paz del mundo, ni ofendan la justa susceptibilidad de las naciones. Y hace dos años que estamos perturbando al mundo, no por el pueblo, sino por los reyes. Un crimen enorme se cometió á mediados del siglo anterior; un crimen que hace dudar de la justicia en la historia. Una gran nación, caballeresca por temperamento, gloriosa por sus tradiciones, centinela avanzado de la civilización en el Norte, inquebrantable escudo contra el cual se estrellaron cien invasiones, fué asaltada, presa, descuartizada viva, y repartida en sangrientos despojos entre los poderosos del mundo, que tantas veces han querido justificar la injusticia con la victoria. Mil veces esos miembros disyectos y sepultados se han querido levantar de sus huesas. Mil veces, como si los restos de los muertos se animaran á las lágrimas de los vivos, se han levantado legiones innumerables de mártires,



que han caído en la eternidad al plomo moscovita.

El crimen ha engendrado una serie de crímenes. La desgracia ha sido una cadena infinita de miserables desgracias. Pero Polonia ha muerto, y en vano aguardamos el día de su resurrección. Sin que el crimen se justifique nunca, porque es injustificable, se excusa; no se excusa, se explica por aquella aristocracia orgullosa, inaccesible á toda idea de compasión hacia sus siervos; por aquel espíritu católico, que había degenerado en espíritu jesuítico; por aquellas Asambleas, aquellas Dietas, tomadas de todas las pasiones, é incapaces de llegar á ninguna solución ni á ningún acuerdo; por aquellas zozobras que en todas partes lanzaban, en todas las potencias, sus continuas elecciones de reyes extranjeros, de reyes buscados en Francia, en Alemania, en Suecia, en todas las monarquías, menos en Polonia; ¡ah! en Polonia, herida de muerte, no sólo por las armas de los tiranos extranjeros, sino por el virus interior y corrosivo de sus propios errores. Yo, en mi amor á este suelo, en el cual tengo las raíces de mi vida, los huesos de mis padres, y en el cual pienso dormir el sueño de la muerte; yo, viendo el error y la tenacidad en el error de que están poseídos nuestros Gobiernos, yo no me atrevo á pedir á los hombres, sino á Dios, que evite á España el cáliz amarguísimo de una pasión semejante á la pasión de Polonia.

Y el general Prim nos trae, para evitar estos males, un nuevo rey extranjero. Yo no puedo compren-

der cómo hay quien se atreva á traer un rey extranjero á España. Yo no puedo comprender cómo hay rey extranjero que se atreva á venir á España. En los tres grandes pueblos de la raza latina, los franceses han sido los oradores y los escritores; los italianos han sido los artistas plásticos, los escultores y los arquitectos; nosotros hemos sido los valerosos, los fuertes; nosotros hemos sido los guerreros heroicos y los navegantes audaces. ¿En dónde hemos aprendido esta audacia? ¿En dónde? En nuestras guerras por la independencia. Trescientos años hemos luchado contra los romanos, setecientos contra los árabes. Esto nos ha hecho fanáticos por nuestra independencia.

Recorred nuestro suelo, y no encontraréis piedra que no lleve una señal de esta idea, que es como el fuego creador de la nacionalidad española. Recorred nuestras provincias, y no encontraréis ninguna que no haya aportado algo á la independencia nacional. Los vascos se creen brotados como las plantas en aquel suelo; dan á su lengua la ancianidad del hombre y á sus repúblicas la ancianidad de la tierra, y se jactan de no haber mezclado jamás su sangre con extranjera sangre; los cántabros y los asturianos recuerdan que ellos fueron los últimos en postrarse ante los antiguos Césares, y los primeros en declarar la guerra á los Césares modernos; los gallegos saben que con sus hondas dispersaron á los normandos y con sus chuzos contribuyeron á rescatar á Portugal;